

Ignacio Martínez de Pisón

Ropa de casa





Seix Barral Biblioteca Breve

Ignacio Martínez de Pisón

Ropa de casa

© Ignacio Martínez de Pisón, 2024
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.
© Editorial Planeta, S. A., 2024
Seix Barral, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.seix-barral.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2024
ISBN: 978-84-322-4383-7
Depósito legal: B. 14.891-2024
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: CPI Black Print
Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirigete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



1

A principios de 2019 viajé a Segovia para consultar en el Archivo Militar la hoja de servicios de mi padre. Nacido en 1923, José María Martínez de Pisón Gaztelu se libró por edad de hacer la guerra y tuvo que esperar a la reapertura de las academias militares para dar curso a una vocación que podía deberse, en parte, a la tradición familiar y, en parte, al entonces irresistible prestigio de la milicia. Mi padre fue un militar vocacional y tardío en una época llena de militares prematuros y a la fuerza. Fue también un militar de academia en una España de militares de ocasión, rebosantes de méritos de guerra. La suya debía de ser una vocación arraigada y sincera, dado que podía augurársele cualquier cosa menos una carrera meteórica. En 1947 alcanzó el empleo de teniente del arma de artillería, en 1951 el de capitán y en 1962 el de comandante. Sus veintiocho

años, ocho meses y cuatro días de permanencia en el ejército (así consta en la hoja de servicios) se desarrollaron íntegramente durante la dictadura: se incorporó tres años después de la victoria de Franco y murió cinco años antes que él.

A diferencia de otras familias de militares, que vivían en bloques del ejército inevitablemente impregnados de atmósfera castrense, nosotros vivíamos en un piso normal en el centro de Logroño y no teníamos relación con ese mundo. Apenas si conservo recuerdos de mi padre como militar. Sí me acuerdo de mi madre anunciándole en alguna ocasión que le iba a preparar el uniforme de gala. Me acuerdo porque en la voz de mi madre se juntaban el orgullo de que su marido hubiera sido invitado a una ceremonia oficial y la inquietud por que algo pudiera fallar. Mi madre nos había aleccionado para que, cuando en el colegio nos preguntaran por la profesión de nuestro padre, dijéramos «comandante ayudante del general», lo que sonaba bastante más importante que comandante a secas.

Por la documentación del archivo sé que el general del que mi padre era ayudante de campo se llamaba Basilio Sáenz Aranaz. La única vez que, fuera de casa, vi a mi padre de uniforme estaba precisamente en compañía de su superior. Lucía este unas largas barbas blancas que le daban un aspecto algo excéntrico, como de otro siglo, y despedía un olor extraño, penetrante, parecido al pachulí.

El encuentro se produjo en los soportales del Espolón. Mis hermanos y yo íbamos con mi madre. Campechano, el general se dirigió a nosotros para decirnos que, ahí donde lo veíamos, tan viejo, no era en realidad mucho mayor que nosotros, porque había nacido un 29 de febrero y solo cumplía un año de cada cuatro. Supongo que era su forma de hacerse el simpático y que la usaba a menudo con los hijos de sus subordinados. Lo que a mí me llamó la atención fue la actitud de mi padre, que asentía a las palabras de su superior con un gesto de sumisión y alborozo. No solo actuaba como si, al igual que nosotros, acabara de enterarse, sino que se comportaba un poco como nos habían enseñado a comportarnos a nosotros en presencia de adultos. Aquella mañana entendí oscuramente que la figura en torno a la cual orbitaba nuestra pequeña galaxia doméstica era apenas un satélite de otra galaxia mayor.

Para mí sus quehaceres como militar siempre fueron un misterio. ¿A qué se dedicaban, en tiempos de paz, los comandantes de artillería? Si alguna vez le interrogaba al respecto, solo sacaba en claro que mi padre no tenía trato cotidiano con la tropa: no, no era él quien, como en las películas, pautaba el paso de los soldados al grito de ¡un, dos, un, dos! Su jornada laboral se asemejaba a la de un oficinista (salía de casa a las ocho, regresaba a las tres), y en su hoja de servicios, en la misma sección en la que se le califica de «estudioso, capa-

citado y trabajador», se señala que «se distingue más en actividad administrativa». Así que supongo que, sí, el suyo tenía mucho de trabajo de oficina, con el habitual trasiego de formularios y expedientes, el ruido de fondo de las máquinas de escribir, las rutinas del papel de calco y la grapadora.

Ya he dicho que sus veintiocho años y pico de carrera se desarrollaron en su totalidad bajo el régimen de Franco. Mi padre fue, en puridad, un militar franquista, y estoy seguro de que, de no ser por su temprana muerte, eso habría acabado provocando algún tipo de conflicto paternofilial. Los años de la transición, que coincidieron con los de mi adolescencia, fueron años proclives al reproche entre generaciones. El hecho de que mi padre, al que siempre idealicé, no llegara en su momento a ser objeto de mis recriminaciones aplazó durante décadas una pregunta que prefería no tener que formularme: ¿fue *solo* un militar franquista? Porque en la generación de mis padres, por acción u omisión, casi todos fueron franquistas, pero la responsabilidad histórica de esa mayoría de españoles crecidos en la dictadura no igualaba la de quienes, por su condición de militares o policías, constituían el sostén del régimen, identificados con su naturaleza autoritaria, convertidos en una herramienta a su servicio.

En aquella visita de principios de 2019 a Segovia buscaba precisamente averiguar si mi padre

había sido solo el militar que yo recordaba, con sus horarios de oficinista y sus tareas administrativas, o si en alguna ocasión había participado en operaciones vinculadas a la represión: escaramuzas contra el maquis, batallones disciplinarios, consejos de guerra, castigos ejemplarizantes, algo así. Para mi alivio, no hubo nada de eso. Los cincuenta y nueve documentos reunidos en el legajo resumen una trayectoria profesional más bien anodina, con sucesivos ascensos según estricto criterio de antigüedad, alguna modesta condecoración (la Cruz de la Orden de San Hermenegildo, «pensionada con 4.800 ptas. anuales»), unas pocas bajas por enfermedad, varios certificados de la Subpagaduría Militar de Haberes, las copias de las partidas de nacimiento de sus cinco hijos... Todo rutinario y previsible, menos una cosa: entre enero de 1952 y marzo de 1953 mi padre se encontraba en condición de «procesado» por haber matado accidentalmente a un hombre.

Para mí, descubrir aquello fue toda una novedad, y al instante creí haber dado con uno de esos ominosos secretos que hay en todas las familias, un secreto que mi padre habría procurado borrar de su pasado. Si alguna vez llegó a confiárselo a la que más tarde sería su mujer, mi madre, esta optó por seguir ocultándolo. Eso, al menos, era lo que yo creía. Me equivocaba. Al poco de viajar a Segovia convoqué a mis hermanos y les entregué una copia de la hoja de servicios. Cuando les

anuncié como una gran revelación que nuestro padre había sido juzgado por un delito de homicidio por imprudencia, descubrí con sorpresa que todos estaban al corriente menos yo. ¿Cómo podía ser? Si de verdad eso nunca se había ocultado, el problema debía de ser yo, que por algún oscuro mecanismo del subconsciente me había esforzado por eliminar esa información, expulsarla de mi memoria y de mi vida. Lo acabo de decir: a mi padre, que murió cuando yo aún no había cumplido los diez años, siempre lo tuve idealizado.

El atropello se produjo en un punto muy céntrico de Logroño, la confluencia de la calle Muro de Cervantes y la avenida de Navarra. Por ese sitio habré pasado cientos de veces en mi infancia riojana: delante del Círculo Logroñés, que era donde se celebraban los banquetes (mi primera comunión), a solo unos pasos de la farmacia de mi tío Enrique, cerca también de la avenida del General Franco, actual avenida de la Paz, en la que mis abuelos tenían el viejo palacete familiar, que yo apenas si alcancé a conocer poco antes de que fuera demolido...

El 25 de julio de 1951, mi padre, de veintisiete años, recién ascendido a capitán, conducía su Montesa por las calles de Logroño. Marchaba a una velocidad moderada y por el lado correcto. Al doblar la esquina, viendo que había gente en la calzada, hizo sonar el claxon y redujo aún más la velocidad. Entre las personas que ocupaban la

calzada estaba Hipólito Espinosa, jubilado de sesenta y seis años, que, dudando entre regresar a la acera o terminar de cruzar, rozó el extremo derecho del manillar y cayó al suelo. El contacto fue tan suave que la moto apenas si sufrió daños: solo se rompió una de las pretinas que sujetaban el faro. Mi padre se apresuró a auxiliar al herido y consiguió un coche en el que trasladarlo al Hospital Provincial, donde le practicaron las primeras curas. Atendiendo, según la sentencia, «a los deseos de la esposa», lo llevó después a su domicilio. La lesión en la cabeza no debía de parecer demasiado grave pero acabó provocando una meningoencefalitis, e Hipólito Espinosa murió el 12 de agosto, pasados dieciocho días desde el atropello. Mi padre, por su parte, fue absuelto un año y medio después, en febrero de 1953.

El Logroño de mi infancia era una pequeña ciudad de sesenta mil habitantes. Nosotros vivíamos en la calle Vara de Rey. Un poco más allá estaban el edificio del periódico *Nueva Rioja*, el puente sobre las vías del tren y la fábrica del famoso elixir dental Licor del Polo. En ese punto empezaban las afueras, si podía llamarse de ese modo al puñado de modestas edificaciones que se apiñaban a ambos lados de la carretera. Nos daba la sensación de vivir lejos del centro, en la periferia, pero en realidad estábamos a solo cuatro manzanas del Espo-

lón y a tres de la Gran Vía, que a comienzos de esa década de los sesenta había empezado a construirse sobre el antiguo trazado del ferrocarril.

La casa, una de las pocas de esa zona que todavía se conservan, era propiedad de mi abuela. El portal era oscuro y estrecho, sin sitio para un ascensor. Mi madre, una mujer moderna para el Logroño de la época, con un pañuelo a lo Audrey Hepburn en la cabeza, aparcaba su Velosolex en el hueco de la escalera. De los vecinos solo recuerdo a dos hermanas solteras, modistas, que vivían justo debajo de nosotros. Estas dos mujeres, que mi memoria asocia con las hermanas Gilda de los tebeos, nos querían como si fuéramos sus propios hijos. Cuando en el colegio se organizaba una rifa, ellas eran las únicas compradoras seguras de nuestros boletos. En una de esas rifas les tocó un balón de reglamento y yo me las arreglé para darles el cambiazó y quedarme con el boleto premiado. Las modistas, bondadosas, se dejaron engañar porque, de todos modos, ese balón iba a ser para nosotros.

En aquella época todo parecía más viejo de lo que era. Las casas, por ejemplo. Las que tenían diez o quince años adquirían con rapidez un aspecto vetusto, centenario, y las que de verdad eran viejas lo eran como con resignación, sin la esperanza de alcanzar la categoría de antiguas. Nuestro piso consistía en un largo pasillo en forma de ele con las habitaciones a un lado y la cocina al fondo.

Tenía en general un aire sombrío, gastado, como si acabara de morir el inquilino anterior, y sin embargo los recuerdos que conservo de ese piso son de felicidad: despertarme en primavera con el canto de los vencejos, mi tía Mari Jose pinzándome las yemas de los dedos y recitando aquello de «este compró un huevito», la música de la radio que nos llegaba a través del patio interior.

Vivíamos en un mundo viejo: los carros tirados por mulas, las cajas de arenques puestas al sol, las oscuras carbonerías, los repartidores de hielo, que, cubiertos con una gruesa tela de arpillera, parecían sayones. Vivíamos en un mundo viejo, pero el futuro estaba a la vuelta de la esquina: los electrodomésticos empezaban a llegar a los hogares, los niños cantábamos *Yo estoy contento en América*, los puntos Elena que daban con el detergente se canjeaban por piezas de una moderna vajilla Duralex. Supongo que las calles estaban llenas de los viejos coches de los años cuarenta y cincuenta, pero los que yo recuerdo son ya de la época del desarrollismo, como el Seat 600 de mi tío Enrique o el Gordini de mi padre, que pronto sería sustituido por un Morris 1100, de color beis y con una franja lateral en imitación madera.

A espaldas de la casa, junto a la iglesia de Santa Teresita, estaba nuestro colegio, el Santa Isabel, que dependía de los escolapios. Era un hermoso caserón con un amplio jardín en el que el día del patrono, san José de Calasanz, hacían volar visto-

sos globos de papel, que ascendían bamboleándose y no tardaban en perderse entre las nubes. En ese jardín había un tobogán al que llamábamos Tragantúa, un gigante que engullía a los niños por sus enormes fauces y los expelía por el culo. Junto al Tragantúa estaba el campo de fútbol, de tierra, en el que jugábamos varios partidos a la vez, que convivían sin mezclarse. Jugábamos casi siempre con el bocadillo en la mano y el pasamontañas puesto (entonces lo llamábamos verdugo). Una tarde, Cruz, la señora que se ocupaba de nosotros y nos llevaba la merienda, recibió en plena cara un balonazo que la dejó casi inconsciente. Recuerdo el gris del polvo destacando contra el negro de sus refajos y sus sayas mientras las otras mujeres trataban de reanimarla con el agua de la fuente. Al edificio del colegio, de gruesas paredes y tejado a dos aguas, se accedía a través de un porche. Los alumnos mayores tenían las clases en el piso de arriba; los menores, en el de abajo. El parvulario, que allí llamaban «maternal», estaba a mano izquierda, en una sala con grandes ventanales. En esa sala, los niños de tres y cuatro años aprendíamos a leer en un libro titulado *Can y Me*, que contaba las andanzas de un perro y un cordero. Los vocablos menos usuales iban acompañados de una ilustración que aclaraba su sentido. Gracias a una de esas ilustraciones me enteré de lo que era un aprisco, palabra que no creo haber vuelto a utilizar hasta hoy.

Los niños del Santa Isabel estábamos enemistados con los de un colegio cercano, el Madrid-Manila, así bautizado en honor a una vieja hazaña de un aviador riojano. Era una enemistad heredada de cursos anteriores cuyo origen nadie conocía. De vez en cuando, como cumpliendo algún rito ancestral, teníamos que acercarnos, lanzar un par de piedras y escapar corriendo. Ahora en esa zona no queda ni un palmo de suelo sin construir, pero lo que yo recuerdo son extensos barrizales teñidos de rojo por el sol de la tarde. Por ahí cerca, aunque no sabría decir dónde, estaba el viejo estadio de Las Gaunas, al que de vez en cuando nos llevaban. El Logroñés jugaba entonces en tercera división. En Navidades cantábamos un villancico que decía: «En el portal de Beleeén hay una televisioón para ver al Logroñeeés en segunda divisioón».

Logroño era algo así como la ciudad de provincias por antonomasia. Allí, en 1956, se rodó buena parte de la película *Calle Mayor*, que habla precisamente de la vida en provincias. Mi madre recordaba haber visto rodar alguna escena en la calle Portales, lo que quiere decir que para entonces mis padres ya eran novios. Tengo algunas fotos de su noviazgo: mi padre ya calvo pero todavía delgado, flexible, atlético, mi madre con el pelo más largo de lo que luego sería habitual en ella, las facciones redondeadas, la mirada dulce, jóvenes los dos, más o menos de la edad que ahora tienen mis hijos, y alegres, muy alegres, casi diría radian-

tes, y bien vestidos, y mundanos, porque la mayoría son fotos hechas en fiestas y celebraciones. Qué sensación tan rara, asomarte a la vida de tus padres cuando todavía no eran tus padres, atrapar un gesto de complicidad que no recuerdas haber visto en la realidad, percibir la secreta corriente de intimidad y confianza que se ha establecido entre ellos, saberlos tocados por la magia de la juventud y el amor, notar a su alrededor algo parecido a un aura. Qué sensación tan rara, digo, porque los hijos siempre creen que todo lo de sus padres les pertenece y en esas fotos está la única parte de mis padres que nunca nos perteneció ni a mis hermanos ni a mí. Entonces solo se pertenecían el uno al otro.

A mi abuelo paterno, que se apellidaba Martínez de Pisón por partida doble, no lo conocí porque ya había muerto cuando nací. Una tarde de finales de los noventa, Rafael Azcona, que lo recordaba de su juventud logroñesa, reprodujo delante de mí su manera de andar: las zancadas grandes, el cuerpo encorvado, la cabeza moviéndose arriba y abajo como asintiendo a un interlocutor imaginario. Debía de ser una gloria local. Varias veces campeón de España de tiro al plato, la leyenda familiar dice que murió de un infarto justo después de ser manteado en la celebración de la enésima victoria. Tenía el título de marqués del Puerto. Mi abuela, que al poco de enviudar heredaría de su hermano el marquesado de Echan-

día, prefirió siempre utilizar el título de su marido, más prestigioso. Pero tampoco es que lo utilizara demasiado: en las invitaciones de boda, en las esquelas y poco más. Recuerdo el letrerito que había en la puerta de su casa: MARQUESA VDA. DEL PUERTO. A mí me parecía absurdo que se recurriera a una abreviatura para ahorrarse solo dos letras y sospechaba que aquello debía de ser una expresión de deferencia o respeto, una especie de tratamiento honorífico. España era entonces un país lleno de viudas. Hasta los caramelos que comíamos, las pastillas de café con leche Vda. de Solano, tenían nombre de viuda.

La casa de la que hablo no era la antigua y grande de la avenida del General Franco sino un piso en uno de los primeros edificios de la Gran Vía. Era una casa moderna, recién construida, pero todo en ella era lóbrego, cochambroso, valedudinario. Suele ocurrir con las viviendas de los viejos, que se impregnan de la vejez de sus dueños. A mi abuela de Logroño me resulta imposible imaginármela joven. Digo «abuela de Logroño» porque mis dos abuelas se llamaban Pilar y de ese modo la distinguíamos de la otra, la de Zaragoza, pero en realidad la madre de mi padre era de Pamplona. De hecho, también mi padre lo era, y lo tuvo siempre a gala: seguidor a distancia del Osasuna, compraba los coches en Pamplona para que exhibieran en la matrícula las siglas NA de Navarra.

A mi abuela de Logroño, diabética, le faltaba un dedo de una mano. Todos los días iba el practicante a ponerle la inyección de insulina, lo que a mí me parecía el colmo de la calamidad: a los niños de entonces pocas cosas nos inspiraban más miedo que las inyecciones. Vivía con una vieja sirvienta llamada Felisa que había hecho el voto de no cortarse el pelo y, como lo llevaba siempre recogido, se le había terminado apelmazando y convirtiendo en una especie de costra impenetrable. Alguna noche, no recuerdo por qué motivo, mi hermano Josefo y yo nos quedamos a dormir en esa casa, y Felisa nos puso sendos orinales debajo de la cama. Mi hermano y yo nos mirábamos sin entender: ¿por qué tendríamos que mear en un orinal pudiendo hacerlo en el retrete? En los momentos de cariño, que no abundaban, la abuela nos llamaba «los pochosos». Con cierta frecuencia íbamos a comer a su casa. El menú, invariable, consistía en un plato único de macarrones con tomate, que sabía que nos gustaban. Digamos que no era una persona muy aficionada a los niños, y jamás se tomaría la molestia de averiguar si nos gustaba algún otro plato. Mi madre siempre nos insistía en que, en casa de la abuela, solo habláramos cuando se dirigiera a nosotros, lo que quiere decir que permanecíamos toda la comida en silencio. En una esquina del comedor estaba el televisor. En cuanto aparecía el hombre del tiempo, la abuela mandaba subir el volumen y nos hacía

callar a todos, que en realidad ya estábamos callados. Para ella, el parte meteorológico era lo más importante. En cierta ocasión, justo después del parte, salió hablando el escritor José María Pemán, que por entonces tendría unos setenta años, y mi abuela, compasiva, exclamó: «¡Pobre Pemán, qué viejito está!». ¿Viejito?, pensé yo, ¡pero si ella estaba aún más vieja!

Su familia de Pamplona, los Gaztelu, eran los dueños o mandamases de un banco, el Crédito Navarro, que acabaría siendo absorbido por el Banco Central. Supongo que en algún momento mi abuela repartió su fortuna, o parte de ella, entre sus siete hijos. Solo así se explica que en muy poco tiempo mis padres pasaran a ser propietarios de un chalé en las afueras y de un piso en uno de los modernos bloques que se estaban construyendo en la Gran Vía. Vivíamos bien, desde luego mucho mejor de lo que entonces se vivía con el exiguo sueldo de un militar. Los fines de semana íbamos todos hasta la Gran Vía para ver cómo avanzaban las obras de nuestra nueva casa, que dispondría de todo tipo de adelantos y comodidades, calefacción central incluida. En aquella época, cuando una edificación se daba por terminada, se colocaba en la azotea una bandera de España. El día en que por fin la bandera ondeó también en nuestra azotea fue un día de felicidad. Dejar el viejo piso de Vara de Rey y mudarnos al nuevo de la Gran Vía significaba algo así como avanzar en el tiempo, dar un

salto de varias décadas para instalarnos finalmente en el futuro.

El chalé estaba a unos diez kilómetros de Logroño, en el término municipal de Albelda. Mi padre lo bautizó como Villa Deva en homenaje al lugar de vacaciones de su infancia. La casa recordaba un poco las de las series norteamericanas, con grandes ventanales, tejado de pizarra y un alto muro de mampostería. Nos instalábamos en ella a finales de junio y no volvíamos a la ciudad hasta comienzos de septiembre. Mi padre iba y venía todos los días en su moto, una BMW con matrícula de Ceuta que aparcaba junto al ciruelo chino del jardín delantero. En la parte de atrás había una hilera de chopos, un campo de hierba con un solitario cerezo en el centro y un huertecito con una docena de frutales. Al fondo de todo estaban la piscina y la caseta de la depuradora, que era inmensa, desproporcionada. El terreno lindaba con una acequia a la que una conservera del pueblo arrojaba los excedentes de pepinillos. A mis hermanos y a mí los pepinillos nos encantaban. Sentados en el fondo de la acequia, los atrapábamos al paso y nos los comíamos a puñados.

Aquello era lo más parecido al paraíso terrenal: una vida sin estorbos ni obligaciones, en la que bastaba con alargar el brazo para comerte una pera o unas cerezas o una docena de pepinillos. Las vacaciones pasaban entre juegos con los niños de los otros chalés, excursiones al río Iregua en

busca de cangrejos y paseos hasta La Tapiada, la granja en la que comprábamos la leche y nos dejaban recoger huevos en el gallinero. Los días nos parecían muy largos, pero las semanas muy cortas. Si trato de encontrar en mi pasado un soplo de autenticidad y pureza, la memoria me conduce indefectiblemente a esos veranos riojanos de los años sesenta. Tenía entonces la certeza de estar habitando un paraíso y no veía ningún motivo para que las cosas tuvieran que cambiar. La vida se ofrecía hermosa, promisoría.

Solo hubo un episodio que habría podido enturbiar esa percepción. Los primeros veranos, mis padres contrataban a una muchacha para que ayudara en casa. La última que tuvimos desapareció a los pocos días sin que ni yo ni mis hermanos supiéramos por qué. Años después nos enteramos de que había intentado practicarse un aborto con unas agujas de tejer y le había faltado poco para morir desangrada. Mis padres se ocuparon de trasladarla al hospital y luego, por supuesto, se desentendieron de ella: en aquella época catolicon y mojigata, las mujeres en su situación no inspiraban compasión sino repulsa. Pero ya he dicho que ni yo ni mis hermanos nos enteramos.

Mis padres se habían confabulado para que tuviéramos una infancia sin preocupaciones ni sobresaltos. Recuerdo mi niñez como un tiempo en el que todo era seguro, consistente. Vivíamos con la sensación de que las cosas iban a seguir

siendo como habían sido siempre, sin darnos cuenta de que ese *siempre* no abarcaba más allá de los últimos dos o tres años. El día en que me enteré de que mi padre había pedido el traslado y nos íbamos a vivir a Zaragoza, lloré a lágrima viva y corrí a buscar consuelo entre los brazos de Cruz, nuestra niñera, que nos quería con locura y a la que había declarado poco menos que amor eterno cuando, para mi primera comunión, me regaló una cartilla de ahorros infantil con un saldo de cinco pesetas. Mudarnos a Zaragoza no solo significaba decir adiós a Cruz, a mis amigos y mis primos, a mi colegio, a mis lugares habituales: también a esa seguridad, esa consistencia, ese *siempre*. Mi infancia estaba a punto de concluir, y lo iba a hacer de la manera más abrupta.

Mi madre, como buena aragonesa, quería que sus hijos también lo fueran, y cuando le faltaba poco para dar a luz viajaba de Logroño a Zaragoza. En total, hizo ese viaje cinco veces entre 1959 y 1968. A los pocos días regresaba con un nuevo zaragozano entre los brazos. Para ella era, en efecto, un viaje de vuelta. Para nosotros (quiero decir, para mis hermanos y para mí) era el primer viaje, un viaje de ida y, como tal, incompleto: los viajes solo terminan cuando se regresa al punto de partida. El regreso a Zaragoza se produjo en septiembre de 1970. Aquel fue nuestro viaje de vuelta.

Entre tanto, a lo largo de esos casi diez años, había habido, por supuesto, muchos viajes Logroño-Zaragoza-Logroño. En mi memoria todos esos viajes se mezclan y confunden en uno solo. Y, sin embargo, está claro que cada viaje era distinto. Unas veces viajábamos en invierno para las vacaciones navideñas, otras en primavera para la Semana Santa o en verano para el final del curso. Los primeros años lo hacíamos en el Gordini, los últimos en el Morris. Y si un año íbamos cinco, al siguiente íbamos seis, y al final hasta siete: o éramos todos muy menuditos o el Morris era mucho más espacioso de lo que a simple vista aparentaba.

Los 172 kilómetros de aquella carretera daban para muchos diálogos del tipo: «¿Cuánto falta, mamá?», «ya casi estamos», «¿cuánto falta, papá?». Eran 172 kilómetros de los de entonces, con baches como cráteres, caravanas interminables y camiones que no se dejaban adelantar. Para hacer más llevadero el largo viaje, había que segmentarlo en etapas. Las referencias se habían ido fijando de forma natural en viajes anteriores, y al final nos parecía que estaban puestas allí para eso. Cuando atravesábamos no sé qué pueblo riojano, había que localizar en cierta esquina el clásico azulejo de Nitrato de Chile: primera etapa. Cuando llegábamos a determinada recta, buscábamos otro elemento publicitario: un tarro de Danone, igualito a los de cristal de toda la vida, pero gigantesco, de dos o tres metros de alto. Mis hermanos y yo nos

relamíamos imaginándolo lleno de yogur: segunda etapa. Más tarde, al salir de una zona de curvas, alguien se apresuraba a decir: «Aquí fue donde una vez se mareó...». No recuerdo quién era el que se había mareado, tal vez yo: tercera etapa.

De repente, como por arte de magia, brotaban amplios arcones a ambos lados de la carretera, los baches desaparecían y el tráfico discurría con insospechada fluidez. Era que habíamos abandonado la provincia de Logroño para adentrarnos en la de Navarra, y en cada viaje mi padre proclamaba con orgullo pamplonés que allí las carreteras eran mejores porque las construía la propia diputación. No eran muchos kilómetros, pero sí los suficientes para alterar nuestra medida del tiempo. A partir de ahí, las etapas se encabalgaban con rapidez y, casi sin darnos cuenta, llegábamos a la que la tradición familiar había establecido como penúltima etapa, un chalé a la entrada de Casetas que tenía un pequeño estanque con cuatro o cinco patos. «¡Los patos, los patos!», gritábamos, aunque, en realidad, lo que queríamos gritar era: «¡Ya casi estamos! ¡Ya casi hemos llegado a Zaragoza!».

Pero todavía no habíamos llegado. Aún quedaba la entrada en la ciudad, que en mi recuerdo, acaso condicionado por nuestra impaciencia de entonces, se hacía eterna. La sensación de estar de verdad en Zaragoza no la teníamos hasta que, ya de noche, el Gordini o el Morris enfilaba por fin Independencia y aparecían delante de noso-

tros los anuncios luminosos de la plaza de España: el de la Caja de Ahorros de Zaragoza, Aragón y (precisamente) Rioja, el de Colchones Flex, el de Philips y, destacando entre todos estos, el de la oronda gallina de Avecrem. Ver todas aquellas luces de colores nos transmitía además la sensación de estar en una gran ciudad, porque en Logroño no había anuncios así.

Pero la Zaragoza por la que luego íbamos a movernos era una Zaragoza muy pequeña. Su centro geográfico estaba situado en la casa de mis abuelos, en el Coso, y su área quedaba limitada por la plaza de los Sitios, entonces llamada de José Antonio, en cuyo quiosco de la música jugábamos a las cuatro esquinas, por los cines de Independencia a los que nos llevaba mi abuelo y por la plaza del Pilar, hasta la que alguna vez se alargaban nuestros paseos familiares. Como siempre íbamos para las vacaciones, Zaragoza me parecía una ciudad alegre, festiva, en la que los adultos trabajaban poco o nada y los niños no tenían que ir al colegio.

Mis recuerdos de esas estancias son breves e inconexos, como el último aleteo de un sueño antes de desvanecerse por completo. Un recuerdo: estamos sentados en el viejo suelo de madera, rodeados de nuestras primas rubias, y a alguien se le clava una astilla en el dedo. Otro recuerdo: por primera vez oigo exclamar «*Oh la là!*»; se lo oigo al tío Carlos, el hermano menor de mi madre, que

ha estado viajando por Francia. Uno más: alguien en la cocina canta *El toro enamorado de la luna*. El último: mi madre, recién llegada de la calle, pregunta si queremos probar las lenguas de gato y, tras una primera reacción general de repugnancia, descubrimos con alivio que se trata de chocolatinas.

Nuestra primera casa en Zaragoza estaba en el número 11 de Menéndez Pidal, una calle de nueva construcción, con edificios de doce o catorce pisos, lo más parecido a un rascacielos que había en la ciudad. Delante teníamos el Hospital Militar, en el que habíamos nacido los cinco hermanos, y detrás, el colegio de los jesuitas, todavía a medio construir. La proximidad del colegio había sido determinante en la elección de vivienda. Mi madre jamás habría aceptado que fuéramos a otro. En los jesuitas habían estudiado su padre y sus hermanos; en los jesuitas daba clases mi tío Ignacio, sacerdote. Si mis padres eligieron ese barrio, fue sobre todo por la cercanía del colegio. Este se iba inaugurando por fases y todavía algunos cursos, los de los más pequeños, se impartían en el edificio histórico, que estaba en el centro de Zaragoza, al comienzo de lo que ahora es el paseo de Sagasta. Así, se da la paradoja de que los dos hermanos mayores nunca pasamos por las aulas del colegio antiguo (las mismas en las que

sesenta años antes había estudiado Luis Buñuel) y en cambio sí lo hizo el siguiente, Diego, tres años más joven que yo, que no empezó a estudiar en el colegio nuevo hasta que estuvo totalmente terminado.

Nos instalamos en Zaragoza a principios de septiembre, justo antes del comienzo del curso, y mi padre murió el 5 de octubre, así que en el piso de Menéndez Pidal apenas si conviví un mes con él. Por mucho que hurgo en mi memoria, solo consigo rescatar tres recuerdos suyos durante ese mes. Lo veo en la pequeña galería acristalada escuchando en su tocadiscos Zenith recién comprado el *Concierto para violín y orquesta* de Chai-kovski, su composición favorita. Lo veo en el salón enseñándonos algunos rudimentos de inglés, asignatura a la que ese año íbamos a enfrentarnos por primera vez. Lo veo afeitándose ante el espejo del cuarto de baño y limpiándose la sangre de los pequeños cortes, que yo creía dolorosos y él me aseguró que no lo eran en absoluto. Eso es todo. Por supuesto, no conservo recuerdos de la última vez que lo vi con vida.

Las pocas veces que, muchos años después, hablé con mi madre sobre lo ocurrido entre el 4 y el 5 de octubre, discrepamos sobre la película que esa noche estábamos viendo en televisión. Ella hablaba de una que yo jamás había oído mencionar; yo, del clásico de Robert Mulligan *Matar a un ruiseñor*. Había al menos dos motivos para darle

la razón. En primer lugar, ella era entonces una adulta, una mujer de treinta y seis años, y yo, un niño de nueve, más propenso a confundir detalles y mezclar recuerdos. En segundo lugar, el personaje que interpreta Gregory Peck en *Matar a un ruiseñor*, un abogado recto, incorruptible, íntegro, tolerante, profundamente humano, padre amoroso que se esfuerza por proporcionar una infancia feliz a sus dos hijos, huérfanos de madre, se parece mucho al padre ideal que todos los niños querían tener, así que no podía descartar que lo mío fuera una mistificación o sublimación de la memoria, el falso recuerdo de un hijo huérfano. Y, sin embargo, el que tenía razón era yo. Me ha bastado con acudir a una hemeroteca digital para comprobar que, en efecto, a las 22.10 de esa noche de domingo la primera cadena de Televisión Española emitió la película de Robert Mulligan en el programa *Sesión de noche*.

Matar a un ruiseñor acabó pasada la medianoche. Si alguno de mis hermanos pequeños había empezado a verla (no lo creo), seguro que mis padres lo habían mandado pronto a la cama. Mi hermano Josefo y yo la vimos entera y nos quedamos dormidos nada más acostarnos. Mientras mi madre apagaba luces y se preparaba para ir al dormitorio, oyó en el cuarto de baño el ruido de un cuerpo al desplomarse. Era mi padre, que se había encontrado algo indispuerto a lo largo de la tarde y acababa de sufrir un infarto fulminante. Unos

segundos después agonizaba entre sus brazos. Qué instante de terror debió de ser: ella, una mujer joven e inexperta, sosteniendo el cadáver de su marido, tratando de no hacer ruido, reprimiendo incluso el llanto para no despertar a sus cinco hijos. No se me ocurre una soledad mayor, más pavorosa.

El certificado de defunción sitúa la muerte a las dos de la madrugada. Está firmado por Ricardo Peciña Íñigo, un médico que, como muchos en aquella época, vivía de las igualas, unas cuotas que cobraban periódicamente a sus pacientes. Me acuerdo de él porque siguió siendo nuestro médico de cabecera durante muchos años. Cuando alguno de nosotros se ponía malo, mi madre no tardaba en pronunciar la fórmula mágica, de resonancias casi sagradas: «Hay que llamar a Peciña». Este aparecía con su maletín por casa a cualquier hora del día o de la noche y, tras un somero análisis, restaba importancia a nuestra inflamación de amígdalas o nuestros cuarenta grados de fiebre. Según él, estábamos «fuertes como toros». Mi madre, que lo consideraba poco menos que una eminencia de la medicina, acogía sus palabras como un halago personal.

Pero aquella noche Peciña debía de ser todavía un extraño para ella, que, en cuanto tuvo presencia de ánimo suficiente para descolgar el teléfono, pidió ayuda a sus hermanos. Alguno de ellos debió de llamar a Peciña. Antes de que este llega-

ra, había que llevarse de allí a los niños, que seguíamos dormidos, ignorantes de todo. A los tres menores los repartieron por casas de diferentes tíos. De los dos mayores se ocupó mi tío Ignacio, el jesuita, que nos sacó de la cama con el pretexto de que, si nunca habíamos dormido en un castillo encantado, esa misma noche lo podíamos hacer. Una propuesta así, a horas tan intempestivas, tendría que habernos parecido cuando menos estrafalaria, pero no recuerdo que protestáramos ni pidiéramos explicaciones. Confiábamos en los adultos y no teníamos ningún motivo para recelar.

En efecto, la Quinta Julieta, que da título a una de las novelas que componen *Crónica del alba* de Ramón J. Sender, tenía algo de castillo encantado. Propiedad de los jesuitas, que la utilizaban para ejercicios espirituales y competiciones deportivas, y situada al lado del Canal Imperial, era una caprichosa finca de recreo de finales del siglo XIX, con extensos jardines, lagos y cuevas artificiales, un templete con forma de pagoda y un pintoresco palacete del que sobresalía una alta torre de aspecto medievalizante. En el interior de esa torre había una pequeña habitación, que fue donde dormimos mi hermano y yo, desconocedores de lo que estaba ocurriendo. A la mañana siguiente nos dieron de desayunar en la planta baja. Era lunes, día lectivo, pero nadie hablaba de llevarnos al colegio. Supongo que en algún momento empezamos a sospe-

char algo. Oímos el ruido de un motor, vimos al tío Carlos salir de su coche y en ese mismo instante Josefo y yo nos echamos a llorar. De una extraña manera acabábamos de adivinar que nuestro padre había muerto.